

11766

FELIPE PÉREZ CAPO

LAS VELETAS

SAINETE



Copyright, by Felipe Pérez Capo, 1911

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balbos, 12

1911

13

LAS VELETAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LAS VELETAS

SAINETE

DE

FELIPE PÉREZ CAPO

Estreno: TEATRO LARA, de Madrid.—4 Febrero 1911



MADRID

E. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1911

REPARTO



PERSONAJES

INTÉRPRETES

RITA	Joaquina del Pino.
PETRA	Mercedes Pardo.
SEÑÁ ROMANA	Leocadia Alba.
MARÍA	María Rosala.
MATARREDONA	Salvador Mora.
SALVADOR	Ricardo Puga.
RAFAEL	Miguel Mihura.
PACO	Francisco Barraycoa.

La acción en Madrid entre gente del pueblo (no chulos) en una casa de las cercanías del Puente de Toledo.—Época actual



LAS VELETAS

Patio de una casa de vecindad. Puerta grande al foro con forillo de calle. Puertas laterales numeradas. Dos ventanas, una á cada lado de la puerta del foro. Tres ó cuatro sillas de paja. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón están en escena: RITA y PETRA haciendo labor, SEÑA ROMANA mondando patatas, las tres sentadas. PACO y RAFAEL de pie. Este con un periódico en la mano. (1)

- PACO ¡Eso es un torero, y lo demás son tonterías!
PET. ¡Ay, si yo hubiera nacido hombre, á estas fechas había dejado al *Bomba* así de chiquitito! Siga, siga usted, Rafael.
- RAF. (Lee.) «En el último toro la faena de Salvador fué sencillamente admirable. Tres pases ceñidísimos, una estocada... (se oye dentro, hacia la izquierda, unos compases de una polka «ratonera» tocados en un cornetín.)
- PACO ¡Maldita sea!... ¡Otra vez ese murguista de los demonios! ¡Gachó, qué tío!
- PET. A nosotras nos tié aburridas.
ROM. Y total pa ná; pa soplar en bautizos y pa abrir cacharrerías.
- PET. Sí, pues ensaya más que si fuera de la Sinfónica.

(1) Derecha del actor: Romana.—Rafael.—Rita.—Paco.—Petra.

- PACO Sigue, que parece que lo ha comprendido.
RAF. (Vuelve á leer.) «Tres pases ceñidísimos, una estocada en todo lo alto y el de Miura cayó hecho una pelota. El público aplaudió estrepitosamente y el redondel se llenó de cigarreros, sombreros, chaquetas y blusas. Un espectador no sabiendo ya qué arrojar, en el colmo del entusiasmo, quiso arrojar á su suégra.»
- ROM. ¡Qué ocurrente! A estos que escriben en los papeles, vamos, es que yo les retorció el pescuezo.
- PET. ¡Pero madre, si puede que fuera verdad! ¡Pero si debió dar gloria ver la corrida de ayer! ¡Ay, Pacol! ¿Por qué no te tirarán á ti los cuernos?
- PACO Porque pa eso hay que nacer. ¡Ahí tiés á Salvador, que ya era torero antes de venir al mundo!
- ROM. ¡Vaya! Como que creo que le dió la alternativa el comadrón.
- PET. Madre, usted todo lo echa á chirigota.
ROM. ¡Es claro! Como que yo iba á tomar en serio á semejante pelele.
- PACO Señá Romana, ni tanto ni tan calvo. Salvador es un mozo que promete mucho.
- PET. Sí, señora. Y que vale más de lo que parece. Porque además de ser un torerito con valor y con arte, tiene una simpatía y una labia capaces de volver mochales á la estatua de doña Berenguela. Y si no pregúnteselo usted á mi hermana... que puede que lo sepa.
- RITA Lo que yo sé es que tú hablas demasiado.
RAF. (¿A que va á resultar lo que yo me temía?)
ROM. Bueno, bueno... Vengamos á cuentas. Quiere decirse que ese novillero te hace la rosca. Eso... Eso realmente no me extraña, porque en ese punto, vamos, es que te puedes codear con la Panificación. Yo no he visto una viuda con más pretendientes.
- RITA Pero como si no. Rita Cañizares es del que está en la tumba *pa seculorum*. ¿Qué culpa tengo yo de que mi físico le guste á tos los hombres y de que tos me inviten á la rein-

cidencia? Pero ya lo ven ustés: ellos erre que erre, y yo fría, impasible... Amable con tos, porque no hay que morder á la gente; pero en cuanto resbalan lo más mínimo, cara de perro ¡y á otra cosa!

- PET. Sí, pero es que todos no son Salvador.
ROM. Y que estos torerillos suelen ser más pesaos y más tenaces...
- RITA Que le digo á usted, madre, que no hay cuidado. Que yo sé hasta dónde llega mi fuerza de voluntad, ¡y que no reincido!
- PET. No la haga usted caso, madre, que le digo á usted que ésta... ésta acaba comprando lamparillas pa los domingos.
- PACO Vaya, ahí se quedan ustedes, que esto se está poniendo feo.
- PET. No te vayas.
PACO Tengo que hacer.
PET. (Se levanta.) Que no te vayas.
PACO ¡Que tengo que hacer!
RAF. Y yo me voy contigo. Ahí tiene usted su periódico (se lo da á Rita.) y que sea enhorabuena.
- RITA (Muy despacio.) No hay de qué.
RAF. Allá cuidaos. Hasta mañana.
ROM. Vayan ustés con Dios.
RITA (A Paco.) ¿Vendrás luego?
PACO Si no caen prisas, puede. Cuidao con que salgas. (Vanse Rafael y Paco foro.)
- RITA Pero Paco... pero...
ROM. (Levantándose.) Esto ya está. Si quereis algo, estoy en la cocina. Y mira lo que te digo: Yo antes que casarme con un torero me escapaba con un sacristán.
- RITA Madre, que á usted la han engañao y que no es por ahí. ¡Y á callar tocan!
- ROM. Está bien. Tú verás lo que haces. Está bien. (Vase por la derecha, llevándose la cazuela, el cuchillo y las patatas.)

ESCENA II

RITA y PETRA

- PET. ¿Has visto?
- RITA ¿Qué?
- PET. ¿Has visto cómo se ha ido ese charrán de Paco? ¡Qué modales y qué imposiciones y qué exigencias!
- RITA (Se levanta.) Te está bien empleado. Por tonta. Porque no sabeis tratar á los hombres.
- PET. ¡Ay, yo no sé como te las arreglas tú, que cuanto peor los tratas más sumisos están!
- RITA Pues en eso precisamente consiste. En que los trato mal.
- PET. ¡Ojalá pudiera yo hacer lo que tú! Pero ¡quí! si es que no puedo. Oye, ¿por qué no me das una lección?
- RITA Porque con las que nacen *gills* es predicar en desierto.
- PET. Bueno; pues ya verás como esto se ha acabado. Ahora entro en casa y me arreglo, y me coloco lazos en el peinao, y me aprieto el corsé to lo que pueda, y me pongo los zapatos escotaos, y me voy de paseo pa sacar otro novio y pa que él se repudra de rabia si vuelve y no me encuentra. ¿Qué te parece?
- RITA Que lo has acostumbrao mal y que puede que te lesione. Las cosas hay que empezarlas desde el principio.
- PET. Pues yo estoy ya desesperá. Y ¿sabes lo que te digo? ¡Que aunque me lesione! Calla... Alguien viene... ¿Será mi Paco?
- RITA (sujetándola por un brazo.) ¡Quita, tonta! Ese que vuelve, vuelve por mí. Es Rafael, el pape-lista.
- PET. Pero si se despidió hasta mañana...
- RITA ¡Cállate, párvula! Ese no ha pasao de la esquina. (Aparece Rafael por el foro, fumando. Se detiene, echa humo y se entretiene viendo como sube.)

PET. Oye tú... Es verdad... Es Rafael...
RITA Pues anda, vete... Que este lleva quince días pa decirme lo que yo me sé desde hace tres meses.
PET. (Desde la puerta primera derecha.) ¡Ay, tú si que eres práctica! (Vase por la derecha.)

ESCENA III

RITA y RAFAEL que avanzá cuando desaparece Petra

RAF. A ustedé... le extrañará que haya vueito.
RITA A mí, no señor. Ustedé ya es mayor de edad y puede hacer lo que se le antoje.
RAF. Eso quisiera yo... pero no hay de qué... Yo, Rita, ya no soy dueño de mi voluntad.
RITA ¡Jesús, qué lástima!
RAF. No lo es que la haya perdido... La lástima es que no la reciben donde se ha dirigido la pobrecita.
RITA (Te veo.) Pues...
RAF. (Con grandísimo interés.) ¿Qué?
RITA (Con mucha coquetería.) Que también es pena.
RAF. Yo, Rita, estoy enamorado de una mujer...
RITA Sí... de María, la chica del estanquero de la esquina.
RAF. (Con gravedad cómica.) Eso fué antaño. Aquello acabó cuando yo menos me lo imaginaba. Yo creía que amaba á María con toda mi alma, que por nada ni por nadie dejaría de quererla... Pero el hombre propone... y luego viene una viudita y lo trastorna todo.
RITA Las hay muy malas.
RAF. ¡Y las hay muy buenas! (Dominándose.) ¿Fué una mirada, fué un apretón de manos, fué una sonrisa, fué una palabra? ¡Yo no sé lo que fué! Pero fué algo... algo misterioso, extraño, que yo no acierto á explicarme... Parecía fuego; por parecerlo perdí la razón, y cuando me acerqué ví que era nieve... Yo sigo sin razón y sigue siendo nieve... Eso es todo.

- RITA Muy bonito pa una novela por entregas.
RAF. Está bien... burlese usted.. Lo tengo recido... ¿Quién me manda á mí caer en la red como una pobrecita alondra?... Y pa esto tire usted por la ventana un cariño de dos años, y hágase usted un miserable con una mujer que va a pagar con su vida mi falta de constancia.
- RITA ¡Qué atrocidad!... Como siga así de interesante la entrega, me suscribo.
- RAF. No le va á traer á usted cuenta, porque ya estoy llegando al epílogo. Es breve.. Yo la quiero á usted, usted no me quiere, anda un torero por medio que es el preferido, yo debía arrepentirme y no me arrepiento, usted no me querrá nunca, y yo lo sé y espero. Con mucho menos motivo los hay enerraos.
- RITA ¡Caramba! Pues no es usted nadie dejando volar la fantasía. Yo no sé si usted me quiere, ni usted sabe si yo llegaría á quererlo; el torero me es simpático porque estorero, pero de eso á lo que usted supone hay un abismo, y usted puede arrepentirse ó no arrepentirse... pero ya sabe usted que el mundo es redondo y lo que hoy está aquí mañana está allí... y ni es pa volverse loco ni pa hacerse cosquillas.
- RAF. Eso quiere decir algo.
RITA Que no se ganó Zamora en cinco minutos.
RAF. Tiene usted razón. (¡Pa la primera vez he dicho demasiao!) Bueno, pues ya hablaremos, que así es como se entiende la gente.
- RITA ¡Vaya usted con Dios! ¡Que son ustedes los hombres capaces de entusiasmar á una estatua de bronce!
- RAF. (Con asombro cómico.) ¡Atíza! ¿A que resulta que soy yo el que la ha sacao de sus casillas? ¡Y parecía que era ella á mí!) Adiós, mala persona.
- RITA Hasta luego, grandísimo fantástico.
RAF. Menos. (En cinco minutos no; pero... pero pa mí que se rinde Zamora.) Menos... (vase por el foro)

ESCENA IV

RITA y MATAREDONA. Es un desdichado murguista, tuerto del ojo derecho

MAT. (Desde la primera izquierda por donde ha salido un poco antes.) Vecina... ¿Ha sido con liga?...

RITA ¡Qué poca gracia le ha dao á usted Dios!

MAT. ¡Y á usted cuánta... pa cazar pájaros!... Vamos, que si los disecara usted, ya tenía usted el primer museo... Gorriones, jilgueros, mirlos, verderones... Hasta que venga un cuco y acabe con tos...

RITA Y á usted ¿quién le ha dao vela en este entierro?

MAT. ¡Anda, vela!... ¡Me han dao una barbaridad de cirios! Como que le va á parecer á usted un monumento.

RITA Usted á su cornetín... que lo demás le debe de traer sin cuidado.

MAT. Eso de lo demás, según lo que sea... Porque si se trata de un amigo torero que se llama Salvador, ya no hay pa mí ni patria, ni Estao, ni cornetín.

RITA Le advierto á usted que el torero ese ya es mayorcito de edad.

MAT. Le advierto á usted que en cuestión de amores es menorcito. Y no mé de usted esos bufidos, que á un hombre que se busca la vida tocando el cornetín no hay quien le gane á soplar.

RITA (Se sienta, le vuelve la espalda y canturrea.)
Campana la de la Vela,
campana que toca á muerto...
campana...

MAT. (Se acerca y le da un golpecito en el hombro.) Cuando se canse el campanero avíseme usted, que tenemos que hablar.

RITA ¡Ay, hijo, qué ganas tengo de que se mude usted!

MAT. Pues mire usted, eso sí que no se sabe. Es cuestión del que se canse antes. O al casero

de no cobrar ó yo de no pagar. Bueno; pero aunque me mude, yo no le dejo á Salvador camino de que lo manteen en Carnaval. Y como lo quiero igual que á un hermano y estoy orgulloso de ver cómo crece su fama y sé que no tié experiencia ninguna en las cosas de la vida, yò, Rosendo Matarredona, ó lo saco del berengenal en que se ha metido ó me tiro de cabeza á la calle de Segovia por inservible, ¡eso!

RITA

(Se levanta.) Ea, ya me está usted cansando. ¡A mí qué me importa toa esa historial

MAT.

(Señalándose al derecho.) ¿Ve usted este ojo? Mejor dicho, ¿ve usted esto que ya no es ojo? ¡Consecuencias del coquetismo! Yo era un pobrecito como Salvador; un suspiro de una mujer me volvía loco, una sonrisa femenina me desbarataba el cerebro. Siendo yo joven una coqueta aprovechándose de mi candidez jugó con mi corazón. Yo ¡tonto de mí! creí en sus palabras y una noche, ciego de amor, entré en su casa para libar las mieles de aquella pasión única que ella me juraba. Y no había libado lo más mínimo, cuando se presentó un cabo de gastadores, á quien también hacía cara la grandísima coqueta. No hubo voces ni hubo lucha. El gastador me cogió por las solapas, me arrastró hasta el recibimiento, me dió un puntapié... en el mismo recibimiento, y al caer de bruces sobre el perchero me dejé en un gancho aquel ojito que tantas veces había guiñado á la coqueta. Ahora que de todos modos gané en el accidente. Porque había entrado ciego y... ya ve usted cómo salí.

RITA

MAT.

Bueno; pero todo es, ¿á qué viene? Son detalles para demostrarle á usted que he escarmentado en mi propia cabeza. Y aunque usted se ría, le diré que desde aquel momento empecé á ver mejor. (Pausa.) Bueno, mire usted... Hay que diferenciar á la enamorada de la coqueta. Usted misma, cantando, me ha sugerido la idea. El amor es un campanario. La mujer que nace para amar

es la campana, siempre fija, siempre callada. Espera á que llegue un hombre que la haga hablar, que la haga vibrar, y entonces más hueca todavía de satisfacción dice á todo el mundo sus alegrías y sus pesares. Ella no engaña á nadie. Si tié que doblar, dobla; si tié que repicar, repica. La mujer frívola es la veleta. Jamás está fija y á tós los vientos responde. De nadie necesita ni á nadie espera. La pusieron allí, y allí gira sin descanso, riéndose de todo, hasta que venga un viento más fuerte que la tronche y la haga ir resbalando hasta el arroyo. Más alta que la campana estaba; pero al fin de cuentas la campana seguirá en su sitio y la veleta rota y manchada servirá de juguete de algún golfo ó irá á parar al montón anónimo de lo inservible. Un campanario es á estas fechas el corazón de Salvador... Usté dirá donde la coloco.

RITA No tiene usté que molestarle. El sabrá donde me ha colocao.

MAT. ¡El todavía no sabe nada! ¿No le he dicho á usté que está en palotes?

RITA Pues cuando aprenda él verá. Vaya... (Medio mutis.)

MAT. ¡Pts!... Un poquito de calma... El *ultimatum*. ¿Usté se va á casar con Salvador?... Conteste usté, sin pensarlo.

RITA ¡Vamos, usté está ido! ¡Yo ya he dicho que no pienso en volver á casarme!

MAT. ¿De modo que aquí la cuestión es jugar con tó?... ¿De modo que aquí el caso es fomentar ilusiones pa burlarse de ellas?... ¿De modo que aquí el busilis es hacer como el perro del hortelano: quitar novios á otras mozas pa luego ir dejándolos á la luna de Valencia?... Bueno; pues ya la he colocao á usté... Mire usté pa arriba... Desde este momento está usté en lo más alto del campanario.

ESCENA V

DICHOS y SALVADOR, por el foro

- SAL. Muy buenas tardes. (1)
- RITA (Con alegría que contiene en seguida.) ¡Salvador!
- MAT. Pasa, hombre, no seas tonto, que ya te ha llegao el turno. Tíes el número veinte de la segunda serie.
- SAL. Déjese usté de tonterías, que esto es más serio de lo que usté se cree. Rita; después de haber descansao dé mi triunfo de ayer, al abrir hoy los ojos mi primer pensamiento ha sío pa ti. ¿Quiés que hablemos?
- RITA ¿Ahora?...
- MAT. Sí, hombre... *El señor* (Por él.) es de confianza.
- RITA Habla si quieres.
- SAL. Pues ná, que ya está... Que tó llega, y que ya ha llegao lo que tú querías.
- MAT. (Lo que ha llegao es el momento de hacer el primo.)
- RITA ¿Lo... que... yo... quería?
- SAL. ¡Natural!... ¿No me has dicho mil veces que tu sueño dorao era ver que me codeaba con Machaquito? ¿No me has dicho que únicamente me entregarías tu corazón si yo quedaba en la Plaza de Madrid como los propios dioses?
- RITA Sí... creo que sí...
- MAT. (¡Vamos, si el Código castigara á los tontos, á este chico le echaban cadena perpetua!)
- SAL. Bueno: pues ya no hay duda. Machaquito precisamente no te diré...
- MAT. ¡Diga usté que sí! Esta modestia es la que te pierde! ¡Machaquito y muy Machaquito!
- SAL. Lo que usté quiera. (A Rita.) En pocas palabras. Ya tu Salvador es lo que ambicionabas. Ya pues ir de mi brazo por esas calles diciendo con la mirada: ¡Andar, morirse de

(1) Rita—Salvador—Matarredona.

- envidia toas! Esta tontería de torero es pa-
menda. Ni hay quien me lo quite, ni hay
quien le dispute mi cariño. ¿Verdad que no?
- RITA ¡Ay, hijo, tú vuelas demasiao! De eso... ya
hablaremos... Tó en este mundo es cuestión
de tiempo.
- SAL. Está bien.
- MAT. (Lo ha dejao al chico que es un mantecao
de Pombo.)
- SAL. No esperaba yo esto, la verdad. Ayer cuan-
do me aplaudía la gente con aquel entusias-
mo, más que por mí se alegraba mi alma
por tu felicidad. Más por ella que por la
mía, he luchao y he sufrido lo que yo me
sé. No esperaba yo esto, la verdad.
- RITA (Si yo supiese que á este lo quería... Pero
no, me pasa con él lo que con tós... Y no es
cosa de torcer el carácter y de sacrificar mi
libertad porque él se haya enamorado...)
- SAL. (Bajo á Matarredona.) ¿Qué le parece á usted, se-
ñor Matarredona?
- MAT. (Idem á Salvador.) Que es preferible que te
echen seis Miuras seguidos.
- RITA Bueno, tú, que sea enhorabuena... Y sigue
viniendo por aquí .. No te vayas ahora á po-
ner tonto...
- SAL. Pero Rita... Pero si yo...
- RITA Es que los hombres sois cómo sois... Y ya
sé yo lo que me digo... Vaya, repito y hasta
la vista. (Cualquiera me hace á mí caer. ¡En
seguidita!) (Vase por la primera derecha.)

ESCENA VI

SALVADOR y MATARREDONA; luego MARIA

- MAT. (Dirigiéndose hacia la primera derecha.) (1) ¡Vaya
usted con Dios, princesa de los Ursinos!... Y
sepa usted que desde este momento la decla-
ro guerra sin cuartel. Voy á ser el vengador
de todos los que han sido juguete de usted...

(1) Matarredona—Salvador.

Vamos, que es como si me declarara vengador del Bazar de la Unión. ¡Míá que!... ¡Míá que despreciarte á til... Pero... pero ¿qué *quedrá* esa mujer?

SAL. ¡Ya usted lo ha visto!... Hacerme cachos el corazón y desbaratarme toas las ilusiones.

MAT. Salvador, mírame cara á cara... Tú... ¿sigues queriendo á esa mujer?

SAL. Ahora... ahora le aseguro á usted que la aborrezco.

MAT. ¿Eh? (Sale María por el foro y se dirige hacia la derecha.) ¡Hola!... Si es la alegría del estanco... (1)

MAR. Usted siempre tan bromista. La alegría está muy triste, señor Matarredona... Tenía un pajarillo y se le ha escapao.

MAT. Sí... Aquí hace un rato le estaban echando cañamones.

MAR. Por eso vengo. A pedirle á Rita que me deje en paz á Rafael... Que yo sé que él me quería... Que ella tié otros muchos pa que le sirvan de monigotes... Que yo no encontraré otro que me quiera como él.

MAT. Vamos, chiquilla, no digas tonterías. Una mocita con esa boca y esos ojazos .. ¿Verdad, Salvador?

SAL. ¡Claro! Ya sabe ella que es muy bonita.

MAR. (Con mucha coquetería.) ¡Ay, ojalá lo fuese!... Que no me apuraría como me apuro.

MAT. Tó tiene arreglo, muchacha. Este y yo iremos luego por el estanco... Oye, ¿tenéis Carunchos? Porque yo cuando me convidan no fumo tonterías. (Pasando el brazo izquierdo por el hombro de Salvador.)

MAR. ¡Ay, quién tuviese tan buen humor!

MAT. ¡Ahí la tiés! Otra víctima de esa arrastrá. Pero te juro que las va á pagar toas juntas. Me está bullendo un plan, aquí... al lao de la badana... (Señalándose á la frente.) Vamos al puente y lo sabrás tó. Abur, mocita y hasta luego. (Bajo á Salvador.) Dila algo.

SAL. Luego se lo diré... que es largo.

(1) María—Matarredona—Salvador.

MAT. (Bajo á María.) Prepara Carunchos. (A Salvador.) Anda, que como no te ablandes, á la Rita la vas á hacer tragar una barbaridad de quina. (A María que empieza á sollozar.) Oye, mocita... no seas tonta... No llores por ningún hombre habiendo tantos voluntarios. (A Salvador.) ¿Verdad, tú?

SAL. ¡Pero, Matarredona!...

MAT. (Bajo á Salvador.) ¡Cállate, primo, que esto es un hecho! (A María.) ¡En el mundo hay que tener de aquí! (Señalándose el ojo derecho) Digo, no... De aquí. (Al izquierdo.) Vamos, si es que estoy en mis glorias. ¡Esta tarde... esta tarde se va á ver quién es Matarredona! (Vanse Salvador y Matarredona por el foro.)

ESCENA VII

MARÍA y PETRA

MAR. ¡Qué atrocidad! ¡Pues no estoy temblando!... Vamos, es chistoso... Como si fuera yo la culpable.

PET. (Sale por la derecha como replicando á alguien que está dentro. Viene muy arregadita y trae pañuelo de crespón.) Sí, señora, de paseo... A donde tengo por conveniente... ¡Hola, María!

MAR. ¡Hola, Petra! ¿Está tu hermana?

PET. Sí, ahí dentro anda... Y con un humor que no hay quien la soporte. Chica, mi hermana es un jeroglífico. Tié los pretendientes á puñaos, se divierte de ellos lo que le da la gana, y cuando alguno se aburre y da media vuelta se desespera y llora y rabia como si lo hubiera querido de verdad. Algo le ha debido pasar hoy con el torero.

MAR. Pues que lo ha dejao por mi Rafael. Y á eso venía yo... A pedirle, como buenas amigas, que no me quite la única esperanza que yo tenía... A pedirle que lo eche con viento fresco, pa que vuelva á mi lao.

- PET. Pues, ¿quién que te dé un consejo? Que no seas tonta, que no la digas na, porque entonces se va á divertir de él y de tí. Tú lo que tiés que hacer es seguir su política. Que es lo que voy á hacer yo desde ahora mismito... No chalarse por ninguno y coquetear con to el que se presente. Así... así puede que, picao por los celos, vuelva tu Rafael.
- MAR. Oye, es que eso... eso me parece peligroso.
- PET. ¡Pero so tonta!... Figúrate que entre los otros con quienes vas á coquetear, resulta que hay un mozo alto, guapo, con labia, con simpatía...
- MAR. (Entre encantada y temerosa.) ¡Ay, eso ya no me parece peligroso! ¡Me parece... peligrosísimo!

ESCENA VIII

DICHAS, PACO y RAFAEL por el foro

- RAF. Me lo ha dicho, pero que muy clarito... Quiere á Salvador na más que porque es totero... ¿Eh? (1)
- MAR. (Bajo á Petra.) ¡Ay, Petra! ¡Me he quedao que ni respiro!
- RAF. (A María.) ¿Qué hace usté aquí?
- MAR. (Le contesta sin mirarle.) Esperarte.
- RAF. A mí no me pone nadie en ridículo, ¿lo oye usté?... Conque mucho cuidadito, y váyase usté á su casa si no quiere usté que acabe el día de mala manera.
- MAR. Pero, Rafael...
- RAF. Cuando una mujer tié cerebro y decoro, debe comprender y debe *resinarse*.
- MAR. ¡Eso es! Insúltame encima de que te quiero.
- RAF. Déjame de romances y agüeca.
- PET. Vamos, chica, no te apures. Vente conmigo, que esta tarde nos vamos á divertir de fir-

(1) Petra—María—Rafael—Paco.

me. (Se dirige con María hacia el foro y Paco le sale al encuentro.) (1)

PACO ¡Alto el jaco, que falto yo! ¿Adónde vas tú tan compuesta? ¿No te dije yo que no salieras?

PET (Bajo á María.) Aquí de la política de mi hermana. (A Paco.) Sí, señor... Y ¿qué?

PACO Que como llegues á salir, no vuelvo más á esta casa.

PET. Saldré y volverás. (A María.) Fíjate.

PACO (A Rafael.) ¡Fíjate! (A Petra.) Pues no volveré. Y si no, haz la prueba.

PET. (¡Ay, Dios mío! ¿Será verdad? Pa esto de acharar á los hombres también hay que nacer.) Pero, Paco...

PACO (A Rafael.) (Somos dos héroes.) (A Petra.) No hay pero que valga. ¡Conmigo no se juega!

PET. (¡Ay... ay, que me quedo sin él! Pero... pero ¿cómo hará esto mi hermana?)

PACO Conque largo... váyase usted por ahí á lucir sus trapitos.

PET. (A María.) (Ahora verás. ¡Aunque me repudra el corazón!) (A Paco dándole una palmada en el hombro) Pues que usted se conserve.

PACO (De espaldas á la puerta del foro.) No hay cuidado, que no se va.

MAR. Adiós, Rafael, y piensa en lo que haces.

RAF ¡Y dale!

PET (A María.) (Aguarda... digo no... Trabajillo me cuesta, ¡pero me marchó!) (Vanse por el foro Petra y María.)

PACO ¡Hay que ser así! Esa... esa en tres meses no sale de casa.

RAF. Tú, que se ha ido.

PACO ¿Que se ha...? (Vuelve la cabeza.) Pues... pues es verdad... Con respecto al sexo débil esta es la primera plancha que hago.

(1) María—Petra—Paco—Rafael.

ESCENA IX

PACO, RAFAEL y SEÑÁ ROMANA

- ROM. (Sale por la derecha.) ¿Se fué la Petra?
- PACO No sé... Yo no estoy pa fijarme en esas pequeñas. (1)
- ROM. ¡Por vida de Dios con los hombres! Entre vosotros y ellas, voy á acabar que no me van á querer ni en casa de Esquerdo. Cuando paece que la una no quiere á uno resulta que sí lo quiere. Cuando la otra está mochales por su novio, salimos conque no lo pué ver. Yo creí que la Rita estaba trastorná por Salvador... Bueno; pues hace un rato me decía que si usté (Por Rafael.) fuese toretero, ya lo había dejao por usté. ¡Está de aquí!
- RAF. ¿Sí? Pero ¿ha dicho eso?... Señá Romana... Está usté convidá pa la alternativa.
- ROM. ¡Atíza! Vamos, se está poniendo esto que es talmente una olla de grillos.
- PACO (Este no sabe lo que se dice. En cuanto vea un cuerno á media vara se muere del susto.) Oye, Rafael, ¿quiés irte ensayando? Hay unos becerros en los corrales de Vista-Alegre que ni pintaos.
- RAF. Becerros es poco pa mí. Pero, en fin, ya que no hay otra cosa... Señá Romana... Dentro de dos meses va á pegar zócalos el Nuncio... ¡Chóquela usté! Que de ese capricho de la Rita va á salir la fortuna de tos... Y que lo primero que voy á hacer en cuanto tenga el cartel de Madrid es comprarle á usté una manteleta y un gorrito de punto. Vámonos, Paco, que vas á ver tú lo que hace un hombre cuando quié meterse en el bolsillo el corazón de una mujer.
- PACO (A señá Romana.) Está perdido. La mejor medicina es un buen vergajo. ¡He dicho! (vanse Rafael y Paco por el foro.)

(1) Señá Romana—Rafael—Paco.

ESCENA X

SEÑA ROMANA y MATARREDONA

- ROM. ¡Pero que una madre tenga que aguantar esto!... Pero ¿adónde estará aquel geniazo que yo tenía? ¡Maldita sea!... Pero ¿adónde estará?
- MAT. (Sale por el foro, por el lado contrario de donde se fueron Rafael y Paco. Viene muy contento.) ¡Hola!
- ROM. (Muy destemplada.) ¡Hola! Pero, ¿adónde estará?
- MAT. ¿Quién?
- ROM. ¡Aquel geniazo que yo tenía!
- MAT. ¡Ah! Yo no sé nada... Bueno, pero ¿qué le pasa á usted?... ¿Le he hecho yo á usted algo?
- ROM. No, no es con usted. Es con el sinvergüenza de Paco que acaba de decirme en mis propias narices que pa tratar á las novias hay que prevenirse de un vergajo.
- MAT. Ese Paco es de lo más benévolo que yo he conocido. Pa tratar á las novias hay que prevenirse de una pistola Browning.
- ROM. Señor Matarredona!
- MAT. Espere usted, que no he acabao. Y pa tratar á las suegras hay que prevenirse de un Schneider.
- ROM. ¡Con usted tampoco se puede hablar! Tos los hombres son igual. Lo mismo la juventuz que la *carcamalez*. ¡Quite usted de ahí! (Vase por la derecha.)

ESCENA XI

MATARREDONA y SALVADOR por el foro

- SAL. (Viene muy decidido, fumando un gran habano y al encontrarse con Matarredona se queda cortado.) Matarredona... (1)

(1) Matarredona—Salvador.

- MAT. ¡Gachó! Pues no has acabao tú poco pronto.
¿Te ha dao el sí?
- SAL. Estaba el estanco lleno de gente y he quedado en volver.
- MAT. Y la niña del estanquero, ¿qué te ha dicho?
- SAL. Que no tuviera prisa. Que en seguidita acababa de despachar.
- MAT. Y ¿no te has esperao?... Y ¿no has comprendido que es que la chiquilla está deseando que tú la digas algo? Fíjate bien: tú á ella. No ella á ti, como ha hecho la Rita pa luego dejarte en el alero. ¿Y pa esto te he soltao yo el discurso que te he soltao?
- SAL. Pero si yo comprendo que tié usté razón. Que la Rita no le conviene á ningún hombre... Si yo estoy resuelto á hacer lo que usté me mande.
- MAT. ¿Sí? ¡Pues vuélvete al estanco!
- SAL. En seguida. . Antes tengo que pedirle á esa to lo que tié mío.
- MAT. Ná de eso tié importancia. Yo se lope diré. Tú no debes volver á verla hasta que vengas trayendo del brazo á la chiquilla del estanquero. ¡Ay, si yo hubiera tomado una determinación así á tiempo no me vería ahora haciendo constantemente la seña del tres!
- SAL. Yo le aseguro á usté que eso se ha acabao. Y se va á convencer usté mismo.
- MAT. Eso es lo que tú piensas. Pero en cuanto te encuentres *visé á visé* de ella te trastorna otra vez. Esas mujeres son muy lagartas y saben de trastear más que Pepe Hillo. Anda, vete adonde puede que encuentres tu felicidad. Aquí ya has visto que no está.
- SAL. Déjeme usté cinco minutos. Ya verá usté qué mal la trato. Estoy cambiao. ¡He resuelto humillarla y la humillo! ¡Por estas!
- MAT. Bueno; te dejó que la hables, pero con una condición. Yo me entro en mi cuarto y escucho detrás del ventanillo. Y en cuanto te vea en la pendiente de hacer el primo, te envío un aviso. Y si no consigo ná, te envío el segundo. Y si es preciso salgo y te la echo al corral.

- SAL. Pues ahora le aseguro á usted que no hay cuidao. Ya es cuestión de vergüenza torera.
- MAT. ¡Y de la otra! Con que ya lo sabes. (Entra en su cuarto, primera izquierda, y cierra la puerta. Salvador se dirige á la derecha y llama. Rita abre la puerta.)
- SAL. Rita... ¿Pues hacer el favor?

ESCENA XII

RITA y SALVADOR

- RITA Sin favor... ¿Qué hay?... (1)
- SAL. Casi ná... Pero antes permite que te haga una advertencia. Que púes seguir desdenándome... pero tranquilízate.
- RITA (¡Este está cambio!... O es que finge...)
- SAL. Pues verás tú, que... Bueno, que... (¡Caramba! Que..! que no me arranco Paece que se me ha hecho un nudo en la garganta.) Pues sí... Bueno, que...
- RITA. Acaba, hombre. Dime qué es lo que se te ocurre.
- SAL. (¡Dios mío! Que no se crucen las miradas. Que si se cruzan, yo no respondo.) Pues sí... que... Bueno, que... Que lo he pensao bien y... ¡eso! que... ¡que hemos roto!
- RITA ¿Cómo?... (Rita... Rita, ¿qué te pasa?... Esta humillación me hiela la sangre. ¿Es esto el orgullo de la coqueta ó es el cariño de la mujer?)
- SAL. Lo he pensao bien y he comprendido que ni yo te convengo ni tú me convienes. Solo en el mundo y con un alma muy grande, creí encontrar en ti el cariño que ambicionaba, la compañera que yo quería. ¡Me he equivocao de medio á medio!
- RITA No, Salvador... Yo te juro que no tiés razón... No me martirices...
- SAL. ¡Es tarde pa mimos y lagrimitas! He visto

(1) Rita.—Salvador

- claro, y ya es inútil cuanto finjas pa seguir embobándome. ¡Hemos terminaol
- RITA Está bien. Si yo he sido tan falsa como tú aseguras, haces divinamente en tratarme con esa crueldad. Pero aquel cariño que tantas veces me has jurado, ¿no podía haber durao siquiera un día más? ¡Una hora más!
- SAL. ¡Ni un minuto siquiera! ¡Ya está dicho!
- RITA ¡Maldita impaciencia que desbarata mis sueños! Cuando tú has llamao, ¿sabes en qué pensaba? ¡En cambiar pa siempre de carácter! ¡En darte la felicidad y en quererte como tú te mereces y como deben querer las buenas mujeres!... ¡En eso pensaba!
- SAL. (Empezando á conmovirse.) Oye Rita... Rita... (Matarredona toca dentro en el cornetín la primera frase de la seguidilla que empieza «¡No te tires, Revertel!»)
- RITA ¡Qué inoportunidad!
- SAL. (Rehaciéndose.) No sé por qué. (¡Este Matarredona es el demonio!)
- RITA Ese juego de que te lamentas no tiene la mala intención que tú has creído. Era desconfianza mía... Era que precisamente por quererte de veras dudaba yo de que esta pobre mujer fuese bastante para hacerte dichoso. ¡Maldecía yo haber querido antes, no poder entregarte el primer amor de la chiquilla, y hubiese dado sangre de mis venas por borrar estos cuatro años de mi vida!... Hasta que la duda murió pa siempre, y mi corazón me dijo: «Si nunca has querido como hasta ahora; no seas tonta, ¡este sí que es tu primer amor!» Y en eso pensaba cuando tú llamaste.
- SAL. (Vuelve á conmovirse y dice aparte.) Así no me habló nunca... ¿Será sincera? (A ella.) Rita... la verdad... (Matarredona repite dentro en el cornetín lo de «¡No te tires, Revertel!»)
- RITA ¡Maldita música!
- SAL. (Rehaciéndose.) No tan maldita como á ti te parece. ¡Esa es la voz de la experiencia!...
- RITA ¡Eso es una burla indigna!
- SAL. Burla por burla, prefiero esa, que sí me da

la felicidad. Quedamos en que no somos más que dos amigos.

RITA Y si mi amistad te perjudica, ni eso siquiera.

SAL. ¿Perjudicarme?

RITA Puede.

SAL. De ese peligro ya estoy curao.

RITA ¡Quien sabe! (Salvador vacila otra vez.)

MAT. (Asomándose á la primera izquierda con el cornetín en la mano) ¡Vamos, hombre, vete, que van á traspasar el estanco!

SAL. Ya... ya salía... ¡Sí, aquí ya no hay ná que hacer!... (Vacila un poco, pero recobra en seguida su arrogancia y dice despreciativamente.) ¡Buenas tardes! (vase por el foro.)

ESCENA XIII

RITA y MATARREDONA

RITA ¡Ay, madre de mi vida! ¡Qué rabia tan grande!... (1).

MAT. (Deja el cornetín sobre una silla.) Vecina... Pero vecina, ¿qué le pasa á usted?

RITA Y ¿justé me lo pregunta? ¡Es que mi Salvador se me va pa siempre!... ¡Es que me ha pasao con él al revés que con todos! Que cuanto menos los quería más entusiasmaos estaban. Y éste, que ha sido mi único cariño, se aleja de mí, perdido el entusiasmo, cuando yo, arrepentida de mis coqueterías, empezaba una vida nueva de amor y de esperanza.

MAT. ¡Caray, qué lástima!

RITA Pero le juro á usted que he cambiao pa siempre. ¡Guerra á la coquetería!

MAT. Pues yo no cambiaré en mi vida. ¡Guerra á las coquetas!

RITA Sí, ya sé que ha sido usted quien más ha influido en esta resolución de Salvador. De-

(1) Rita y Matarredona.

- masiado injusto ha estado usted conmigo... Usted me juzgaba mala y yo voy á demostrarle que soy buena... A pesar de su crueldad, yo no lo aborrezco y lo perdono.
- MAT. ¿Perdonarme? Pero ¿á mí?
- RITA Sí, señor, á usted. Y si su felicidad estuviese en mis manos, en este momento se la entregaría. Ande, diga usted ahora que yo no tengo corazón. (Con mucha coquetería.)
- MAT. (Retrocediendo.) ¡María Santísima!... Matarredona, no te fies, que así empezó la del gastador.)
- RITA (Avanzando hacia Matarredona.) Confiese usted que se equivocó al juzgarme. Confiese usted que le hizo ver á Salvador que yo era un peligro, y, en cambio, ahora está usted pensando que una mujer así es lo que le convendría á usted. (Con más coquetería que antes.)
- MAT. (Retrocediendo.) ¡Caracoles!
- RITA (Avanzando.) ¿Verdad que no me engaño? Los hombres que tienen la experiencia que usted, cuando salen de su error, saben leer en las almas. Y usted ahora mismo está leyendo en la mía. ¿Verdad que sí? (Con mayor coquetería.)
- MAT. (Vacilante.) ¡Qué barbaridad! Nada, que esta mujer me hipnotiza.)
- RITA Alguien viene. ¿Qué?... ¿En qué quedamos?
- MAT. (Ladeándose el sombrero y completamente desdido. El final de la escena muy rápido.) ¡Esta noche á las diez en el café de San Millán! Tíe usted razón. Me había equivocado. ¡Es usted un tesoro!
- RITA ¿Ve usted cómo no se puede juzgar por las apariencias?
- MAT. No, señora. Pero es que el amor es un tirano que juega al escondite y nunca se sabe donde está:
- RITA ¿Nunca? (El colmo ya de la coquetería.)
- MAT. (Medio loco.) ¡Nunca!
- RITA El día que lo sepa Salvador se muere de rabia.
- MAT. Cá, no lo crea usted. ¡De risa! ¡Lo único que yo pido es que no aprenda á tocar el cornetín!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, PETRA y PACO; después RAFAEL

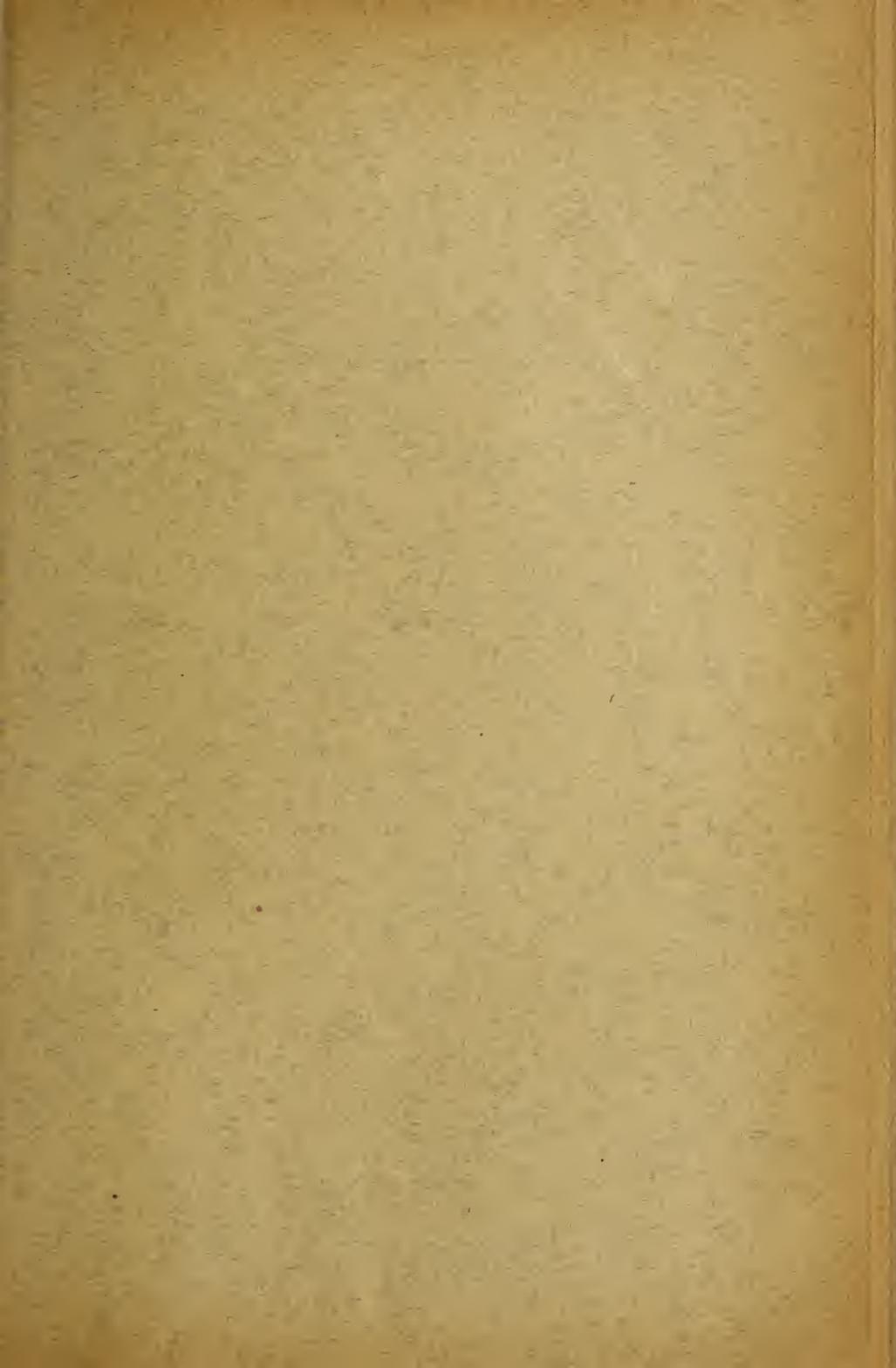
- PET. (Viene del brazo de Paco y muy amartelada.) ¿Yo cómo iba á dejarte ¡so tonto! si yo no puedo vivir sin tí?
- RITA Pues no era eso lo que decías hace un rato. (1)
- PET. ¡Pero es que yo tengo menos soberbia que tú!
- RITA ¡Es que las cándidas os apuráis por muy poco!... ¿No decías tú que yo estaba aturrida por Salvador? ¡Pues ya he dejao á Salvador!... (Matarredona dándose importancia dice que ha sido por él á Paco.)
- PET. ¡Ay, tú estás local! Dejarlo ahora, precisamente cuando se ha hecho un gran torero y le llevan en automóvil á su casa y la banda municipal le toca el *Sifredo*... Vamos, que no hay quien te comprenda.
- RITA Si quíes que te diga la verdad, es por lo único que lo he sentido.
- PACO Pues si es por eso no hay que apurarse. A torero muerto, torero puesto. (Yendo á la puerta del foro.) Pasa, calcomanía. (Aparece Rafael vendada la cabeza, un brazo en un pañuelo de yerbas á modo de cabestrillo y con varios parches de tafetán en la cara. Los demás ríen estrepitosamente.) (2)
- MAT. ¡Y que el *Gallo* precisamente no es!
- PACO ¡Este es un torero que ha nacido hoy!
- MAT. ¡Y que lo digas muy fuerte!
- RITA Pero, Rafael... Pero ¿quién le ha engañao?
- RAF. ¡Estel!... (Por el corazón.) Este, que me decía que sí. Ahora que los becerros han sido más francos y me han dicho que no. Al engrudo me vuelvo, y sólo le pido que tenga en cuenta mi arranque y mi deseo.
- RITA Papelista, no. ¡Yo dije que torero y torero ha de ser!

(1) Rita—Petra—Paco—Matarredona.

(2) Rita—Petra—Rafael—Paco—Matarredona.

- MAT. (A Paco.) ¡Yo acabo con coleta!
- RAF. Está bien. No desaprovecharé la lección. Ahora mismo me vuelvo al estanco, á reconciliarme con mi María... (Medio mutis.)
- MAT. Oye... escucha... Yo te aconsejo que no vayas al estanco, porque con el tafetán que tienes ya y el que tendrás que ponerte, va á parecer que llevas careta.
- RAF. Eso quíe decir...
- MAT. Que la María y Salvador... ¡combinaos!
- RAF. ¡Ella! Pero ¿ella también?
- MAT. ¡Ven aquí, so lila! Con permiso. (Llevándolo á un lado.)
- De las mujeres no esperes
más que acciones de coquetas.
Mira lo primo que eres:
¡Cuando hizo Dios las mujeres,
hizo también LAS VELETAS! (Telón.)

FIN DEL SAINETE



Obras de D. Felipe Pérez Capo

- La noche del Tenorio.**—Zarzuela en un acto (3.^a edición.)
- Leganés. 15, 3 t.** A propósito lírico.
- La Huertana.**—Zarzuela en un acto.
- Don Miguel de Mañara.**—Idem íd.
- El mozo crúo.**—Sainete lírico (4.^a edición.)
- El día de la Victoria.**—A propósito cómico.
- Flor de Mayo.**—Zarzuela en un acto.
- El galgo de Andalucía.**—Opereta en un acto.
- Los cangrejos.**—Sainete lírico.
- El organista de Móstoles.**—Zarzuela en un acto.
- Frou-Frou.**—Humorada lírica en un acto (2.^a edición.)
- Sinibaldo Campánula.**—Monólogo (3.^a edición.)
- El tío Calandria.**—Entremés.
- Aires nacionales.**—Zarzuela en un acto.
- El alma de Cantarillo.**—Idem ídem.
- La Arabia feliz.**—Entremés lírico.
- Idilio.**—Comedia lírica en un acto.
- La corte de los casados.**—Opereta en un acto.
- La Pinturera.**—Entremés.
- La Octava Maravilla.**—Idem lírico.
- María Jesús.**—Zarzuela en un acto (2.^a edición.)
- La venta del burro.**—Entremés lírico.
- Las ruinas de Talía.**—Revista lírica en un acto.
- El lazarrillo.**—Zarzuela en un acto.
- La compañera.**—Idem íd.
- Santuzza.**—Idem íd.
- El compañero Gutiérrez.**—Sainete.
- Dora, la viuda alegre.**—Opereta en un acto (2.^a edición.)
- Mary, la princesa del dólar.**—Idem íd. (2.^a edición.)
- ¡El gran hombre de Strassberg!**—Zarzuela en dos actos.
- El misterio de un vals.**—Opereta en un acto.
- El Carnaval de Venecia.**—Zarzuela en un acto.
- ¡Pobrecitos frailes que se quedan dentro!**—Comedia lírica en un acto.
- El canto del gallo.**—Zarzuela en un acto.
- Renato, Conde de Luxemburgo.**—Opereta en un acto.
- Los Morenos.**—Comedia en tres actos.
- Juanita, La Divorciada.**—Opereta en un acto.
- Las veletas.**—Sainete.

PARTITURAS COMPLETAS DE CANTO Y PIANO

- Dora, la viuda alegre.** (Edición Fuentes y Asenjo.)
- Mary, la princesa del dólar.** (Idem íd.)
- El misterio de un vals.** (Idem íd.)
- Renato, Conde de Luxemburgo.** (F. Beltrán. Príncipe, 16.)